



En una soleada tarde de otoño, un joven profesional se encontraba sumergido en sus pensamientos mientras paseaba por el parque. Con paso firme, se dirigió hacia un anciano sabio que solía frecuentar el lugar, buscando un poco de orientación en medio de la confusión que le causaba su vida laboral.

"¿Puedo sentarme contigo un momento?", preguntó el joven con un gesto de timidez.

El anciano asintió con una sonrisa acogedora, invitándolo a compartir sus preocupaciones. "Gano bien, pero...", comenzó el joven, expresando sus frustraciones laborales y su búsqueda de un cambio significativo en su vida.

"Pero, ¿qué?", inquirió el anciano con calma, interrumpiendo gentilmente al joven. "Ese 'pero' cancela todo lo que acabas de decir".

Con estas simples palabras, el anciano desencadenó una reflexión profunda en el joven, quien comenzó a compartir los motivos detrás de su descontento y su anhelo de equilibrio emocional y profesional.

"Equilibrio", musitó el anciano, como si estuviera revelando un secreto ancestral. "Grábate esta palabra en la mente: equilibrio. Repítela como un mantra y cuestionate si tu vida está en armonía".

Mientras caminaban juntos hacia una acogedora cafetería, el anciano continuó impartiendo sabiduría. "Y ahora, dos palabras más para tu viaje: audacia y claridad. Sé audaz en la búsqueda de tus sueños y ten la claridad para visualizar la vida que deseas".

El joven escuchaba con atención cada palabra del anciano, sintiendo cómo resonaban en lo más profundo de su ser. Sabía que era momento de tomar decisiones valientes y buscar la claridad en su camino.

"Pero recuerda", agregó el anciano con solemnidad, "existen sendas que solo tú puedes recorrer. Estaremos a tu lado en parte del camino, pero la verdadera travesía es tuya y solo tuya".

Con estas palabras, el joven comprendió que la comodidad era su peor enemiga y que debía enfrentar sus miedos con fortaleza interna y determinación.

A pesar de la sensación de urgencia por regresar al trabajo, el joven se despidió del anciano con gratitud en el corazón y una nueva determinación en la mente.

Mientras cada uno seguía su camino, el anciano sabía que la semilla de la transformación había sido plantada en el joven. Una semilla que germinaría con el tiempo, alimentada por la insatisfacción, la audacia y el amor propio.

Y aunque sus caminos podrían separarse temporalmente, el anciano confiaba en que se encontrarían nuevamente en el salón de la sabiduría, donde las lecciones de la vida se convertían en experiencias compartidas.